

Katherine Pancol

# MUCHACHAS



*Traducción del francés de*  
MONTSE ROCA

la esfera  de los libros

—¡Qué fea es la gente! —suspira Hortense recolocándose las gafas en la punta de la nariz—. No es de extrañar que yo tenga tanto éxito...

Sentada en el marco de la galería del salón, vestida con un cárdigan verde anís, un vaquero pitillo de color rojo y manoletinas Arlequín en los pies, observa las idas y venidas de los transeúntes en la calle.

—Son bastos, son gordos, son grises, tiemblan, hacen muecas, se quejan, parecen quejicas tontos del bote...

Gary, tumbado en la cama con unos auriculares en las orejas, sigue el ritmo con sus enormes pies. Un calcetín negro, un calcetín rojo. Uno, dos, tres, cuatro, suspiro, cinco, seis, siete, ocho, pausa, tresillo, medio suspiro, nueve, diez.

—O a veces —continúa Hortense— son mejillones: tristes filamentos largos que vagan sin objetivo, inclinados a la derecha, inclinados a la izquierda.

Gary se despereza. Bosteza. Se alborota el pelo. Su camisa Brooks Brothers amarillo limón sube y sobresale por el pantalón de terciopelo. Aparta los auriculares y su mi-

rada se posa en Hortense, una bruja deliciosa de naricita fisgona y larga melena caoba, que huele al champú de hierbas de Kiehl's que utiliza dos veces por semana, y que a él le impide tocar, «¡con lo que cuesta!», escondiéndolo bajo una manopla en el estante de la ducha o detrás de la taza del lavabo. Gary siempre acaba encontrándolo. ¿*Do o do sostenido?*, se pregunta frunciendo el ceño. Vuelve a abrir la partitura para asegurarse.

—Todos vestidos de marrón, de gris, de negro. ¡Ni botones rojos, ni bufandas verdes! Sillas, como te digo, sillas. Un ejército de sillas que esperan temblorosas el trasero del amo. ¿Ves lo que te digo, Gary? Esta gente va de luto. Estas personas ya no tienen esperanza. Andan por la calle porque les han dicho que se levanten temprano, que cojan el tren o el metro, que vayan a la oficina, que inclinen la cabeza ante el presumido pringoso que tienen por jefe. ¡Yo me niego a ser una silla!

—¿Tú no tienes hambre? —pregunta Gary, que vuelve a cerrar la partitura y murmura *do sostenido*, sí, eso es *do sostenido, mi, re, fa, si bemol, do*.

—Yo me niego a ser una silla, yo quiero ser la torre Eiffel. Yo quiero inventar una prenda que estilice, que realce, que tienda hacia el cielo. «La simplicidad es la sofisticación definitiva». Ese será mi eslogan.

—Leonardo da Vinci lo dijo mucho antes que tú.

—¿Estás seguro? —dice ella extrañada, mientras golpea con la manoletina la parte inferior del encofrado de madera sobre el que está encaramada.

—Yo te lo soplé al oído ayer noche. ¿Ya no te acuerdas?

—¡Pues peor para él! Se lo birlo. Ha llegado mi hora, Gary. No quiero ser ni periodista, ni auxiliar de prensa, ni la humilde estilista de una cadena, yo quiero inventar, crear... Imponer mi sello.

Hace una pausa. Se inclina hacia delante como si hubiera descubierto un espécimen elegante en la calle, pero se incorpora otra vez, decepcionada.

—Para triunfar en este oficio, hay que estar un poco loco. Llevar una cantimplora con coca-cola, pantalones bombachos, un manguito de cebra, calentadores fosforescentes... Yo no estoy un poco loca.

—¿No tienes hambre? —pregunta otra vez Gary, adoptando el gesto pensativo del hombre apoyado sobre un codo.

La imagen del salón de té de la Neue Galerie en la Quinta Avenida acaba de venirle a la mente. Café Sabarsky. Le gusta ese local acogedor, la carpintería, las mesas redondas de mármol y ese viejo piano Yamaha negro que se aburre en un rincón. Descifrar la partitura le ha abierto el apetito. Tiene hambre.

—¿Hambre? —contesta Hortense distraída, como si le preguntaran si quiere adoptar una cacatúa con cresta amarilla de Oceanía.

—Yo me muero de hambre, quiero una tarta de manzana caramelizada con nata encima. Quiero ir al Café Sabarsky. Es cómodo, es silencioso, es plácido, está lleno de pasteles apetitosos, de ancianos con el pelo blanco, de adornos recargados, de platos con la cenefa plateada y de niños buenos que se sientan bien y no chillan.

Hortense se encoge de hombros.

—Yo tengo talento, soy brillante, tengo un título de Saint Martins, y he demostrado mis méritos en GAP y demás. Me falta dinero y un enchufe..., un marido rico. No tengo un marido rico. Quiero un marido rico.

Recorre la habitación con la mirada, como si pudiera estar escondido debajo de una cama o una cómoda.

—Me pregunto si tomaré la tarta de manzana o la *schwarzwälder kirschtorte*. Tengo dudas.

—Y si tú vendieras las joyas de la Corona...

—Y un chocolate vienés caliente. Con mucha nata.

—Iré a hablar con tu abuela.

—Superabuela es muy cicatera.

—Apuntaré con una pistola sus sienas plateadas.

—Un chocolate caliente muy espeso con nata batida y una *schwarzwälder kirschtorte*. Un pastel de chocolate enorme con nata y cerezas. Coge tu abrigo.

Hortense obedece. Cuando Gary tiene hambre, no atiende a nada. Ella echa un último vistazo al maniquí con ruedas, con el patrón de un vestido prendido con alfileres. Tres semanas de trabajo. Un plisado perfecto que sale en abanico de la cintura y acaba al bies a la altura de la rodilla. El busto ceñido, prieto, y las caderas disimuladas, ágiles, misteriosas. La simplicidad es la sofisticación definitiva. ¡Divino!

—¿Tú qué piensas de mi último modelo?

—Todavía no lo tengo claro.

Ella espera, con el corazón alterado, que él emita su veredicto. Él es su público primordial. Es a él a quien quie-

re complacer. Por quien afila sus cuchillos. Ambos aprenden juntos, crecen juntos, ella le asombra, él la asombra, no se cansan nunca. Cuando ella le toca con actitud posesiva, él la aparta con un ligero golpe de hombro y le advierte con la mirada: ¡esto no, Hortense! ¡Esto no! Déjame respirar. Y si él se acerca demasiado cuando ella está esbozando una idea, ella le rechaza con un gruñido. Él dice: vale, lo he entendido, ya volveré más tarde. Eso no les preocupa, se reencontrarán por la noche en la enorme cama donde la piel de ambos se inflama con caricias desgarradoras, que ambos saben prolongar tan bien, prolongar hasta que el otro pide clemencia. Siempre gana Gary. Hortense es impaciente y voraz. Sería incapaz de vivir así con nadie que no fuera él. Su piano da fluidez a mis diseños, las notas de Schubert, de Bach, de Mozart aportan ritmo, holgura a mis creaciones.

Ella espera que él coloque las palabras justas. Él las escoge siempre con tino, nunca usa un término por otro. Dice peripecia, contratiempo, vicisitud, imprevisto, según la importancia de la situación. Él le enseña a profundizar en sus ideas. Continúa por ahí... Continúa..., la interrumpe cuando va demasiado deprisa y se atranca en una explicación. El otro día, después de haber trabajado y reflexionado durante mucho rato, ella había encontrado una definición del amor que les sentaba tan bien como los guantes de un gran modisto. El amor, había proclamado ella mientras él se preparaba un café, es que dos personas se quieran, sean capaces de vivir cada una por su lado, pero decidan vivir juntas. Es nuestra historia.

Había suspirado satisfecha, él la había agarrado y habían rodado sobre el enorme sofá desfondado que hace de frontera entre sus dos dominios: la música y la costura. La alta costura, rectifica Hortense arrugando la nariz.

—¿Y si...? —dice Gary.

—¿Si subiera un poco las tablas de la falda?

—¿Y si... me dejara tentar por la *zitronenschnitte*?

Es esponjosa, crujiente y el limón no estropea los dientes. No lo tengo claro... ¿Tú qué tomarás?

—Nada —replica ella, dolida—. Yo te miraré comer y pensaré en mi plisado. Quizás debería desplazar un poco el talle... O no.

—Siempre dices eso y luego pides montones de pasteles y te los zampas sin dejar ni las migas, rebañas el plato, hablas con la boca llena, eres absolutamente gorrina, Hortense Cortès.

—Es que he decidido mentalmente no engordar. Es una cuestión de estrategia. Yo soy más fuerte que las calorías, que tienen aterrorizadas a las chicas de todo el mundo. Pero yo las desprecio, y ellas se ofenden y me evitan.

—Ponte el abrigo que en el Parque hace viento. Iremos a pie, así estimularemos la circulación.

—Maxime Simoens era propietaria de su casa de moda a los veintitrés años...

—Coge tus guantes, la bufanda, el gorro. Olvídate de tu vestido y tus alfileres. ¡Mi estómago habla y debes someterme, mujer!

En el Parque, mientras avanzan luchando contra el viento, Hortense se cuelga del brazo de Gary. Él va dando zancadas, ella trota a su lado. Él frunce el ceño buscando un acorde que se le escapa. Ella retira un alfiler del maniquí con ruedas. Él ronda el acorde de semicorcheas, ella ya no está convencida de su drapeado. Ambos vagan por sus pensamientos, ignorando a los corredores que dan vueltas a su alrededor, a las ardillas, el césped y las colinas, a los lanzadores de *frisbee*, los vendedores de *brezels* y de salchichas, a los toboganes y las pelotas. Es invierno y el Parque está pelado, marrón. Ya no se parece a las postales que compran los turistas.

Los árboles se mueven, las ramas tiemblan, el viento sopla y les irrita la nariz, no ven nada. Solo Hortense habla en voz alta. Como si quisiera exorcizar ese peculiar espasmo en el vientre que la paraliza y la arrastra hacia el suelo. Todas las mañanas despierta con ese espasmo en el vientre. No sabe cómo llamarlo, cómo calificarlo. Es una opresión que la parte en dos y la proyecta hacia un miedo denso. ¿Y si la vida se le escapara? Hasta ahora ha vivido a toda velocidad una película en colores, pero desde hace un tiempo se debate en un gris que la deprime. ¿Y si dejara pasar su oportunidad? Prácticamente es casi una vieja. Veintitrés años, el principio del fin, la muerte de las células, la decrepitud de las neuronas, lo dicen todos los libros de ciencia y de vida. Ha entendido perfectamente que el tiempo ya no es su amigo. Ya no sabe hacia dónde ir. Y pronto se le terminarán los ahorros. Se retuerce un mechón de pelo, se inclina sin soltarse del brazo de Gary, coge una ramita seca



del suelo, se levanta la melena con una mano, pasa la rami-  
ta y se hace un moño sofisticado, recupera el hilo de sus  
pensamientos con la frente despejada y el cuello erguido  
y grácil de una soberana. Dar el pego. Disimular las dudas.  
Ignorar ese nudo en el estómago. Actuar. La acción vence  
al miedo. Ella siempre ha presentado batalla.

—O a lo mejor... lo cambio todo. La parte de arriba  
fruncida y la de abajo lisa. Una falda tubo, y un top con  
doble forro ceñido al pecho, tres botoncitos de perla sobre  
un drapeado que realce la cintura. ¿Qué me dices?

Él solo escucha las últimas palabras y le parecen desa-  
gradables. Dos patos cojos cruzan contoneándose e inte-  
rrumpen su fantasía. Manchas en el sueño. Notas diso-  
nantes. Él odia la disonancia.

—¡Podrías contestarme!

—Hortense, por favor, busco una nota..., una notita  
bisagra que conducirá a todas las demás. Está ahí, cerca,  
casi la tengo. Deja que la pille y luego te prometo que te  
escucho.

—La crisis lo está cambiando todo, ¿entiendes? Las  
cifras de venta están por los suelos, el producto textil so-  
porta cada vez más impuestos, las marcas lo saben y se  
concentran en sus valores seguros, en su patrimonio, en  
su imagen. He de colarme e instalarme ahí antes de que sea  
demasiado tarde. Si no dejaré de existir y tendré que dedi-  
carme a coser dobladillos.

Se aferra más fuerte al brazo de Gary para arrastrar-  
le hacia ella, a su problema, al nudo del estómago que se  
convierte en un nudo en la garganta.

—¡Pero para ti solo existe la música en la vida! —exclama ella—. Habla conmigo, Gary, habla conmigo.

Se inclina hacia él y recibe una bocanada de su colonia mezclada con la de la lana de su chaquetón azul marino. ¿Cuánto tiempo hace que arrastra ese viejo chaquetón? Se niega a cambiarlo por otro. Hortense no le ha visto con ninguna otra prenda. Tiene la huella de su brazo en la manga derecha. Una zona donde el paño de lana está un poco rozado. Es mi brazo el que ha hecho esto, es mi marca. Se agarra, le zarandea, él se suelta, ella se cuelga de nuevo.

—Tengo que innovar, tengo que inventar. Ese es el único antídoto contra la crisis. Solo la creatividad reavivará el mercado. Y tengo que hacerlo yo sola. Me siento sola, tan sola...

Él no vuelve la cabeza. Sigue avanzando en busca de la última nota. *Mi, sol, la, si, do, do* sostenido..., el sueño se ha desvanecido. La nota se ha ido. Él aprieta los puños, aprieta la mandíbula. Aparta con un golpe de cabeza la punta de la bufanda que le tapa la nariz. Tira de la manga de su viejo chaquetón. Tira otra vez. Busca con todas sus fuerzas. La cólera se abate sobre él como el viento sobre los árboles. Se enfurece. Estaba a punto de encontrarla. No debo crisparme, se dice, no debo crisparme, todavía tengo las primeras notas. El acorde reaparecerá con la relajante calidez del salón de té.

Ese es su refugio. Es allí donde compuso el primer movimiento de su primer concierto para piano. Soplando sobre la nata batida de su chocolate vienés. Garabatean-

do con la punta del lápiz las notas que se atropellan en su cabeza. Siempre lleva el cuaderno en el bolsillo. Y un lápiz pequeño de punta gruesa que corre sobre el papel.

—O sea que te da igual —insiste Hortense—, tú no escuchas, no me escuchas, ¿qué soy para ti? ¿Un mueble? ¿Un florero? ¿Una bombilla floja?

Se suelta del brazo de Gary. Se aparta. Mantiene la cabeza erguida contra el viento. Vuelve a sentir el espasmo que le contrae el vientre. No piensa ceder. Ni al espasmo ni a la indiferencia de Gary. Seguirá completamente sola. Por otro lado, siempre estamos solos en la vida. Meterme eso en la cabeza y no olvidarlo nunca. Sola, sola, sola. Sí, pero ¿qué hago yo completamente sola? Le da un puntapié a una pelota tras de la cual corre un crío sin aliento, ella la lanza en dirección contraria, el crío chillaba y se echa a llorar. Te lo has buscado, gruñe ella. ¡Solo tienes que correr y atraparla, no es el fin del mundo! ¡Tienes dos pies y dos piernas!

El niño deja de llorar y se la queda mirando, extrañado.

—¿Por qué lloras? —le pregunta mientras baja las orejeras de su gorra de trampero canadiense.

—No lloro. Pírate.

—¡Eres mala! ¡Eres mala y eres fea, que es peor! Llevas una rama seca en el pelo. Es feo.

Ella se encoge de hombros y se seca los ojos con el dorso de la manga. Se vuelve hacia Gary para emprenderla con él. Gary ha llamado a un taxi y sube sin esperarla.

—¡Gary! —grita ella notando cómo reaparecen las lágrimas. Las seca con los guantes y vuelve a gritar—: ¡Gary!

Corre hacia el coche. Él cierra la portezuela. Baja el cristal y le suelta mientras el taxi arranca:

—Lo siento, querida, necesito calma y tranquilidad. Te dejo con tus plisados. Andar es el mejor remedio para mentes desorientadas.

Hortense sigue con la mirada las luces rojas del taxi amarillo que se aleja. Él la deja colgada en el Parque. Él se atreve a dejarla colgada en el Parque. ¿Quién se cree que es? ¿Se cree que porque es guapo, encantador, indolente puede llevarse de calle el corazón de cualquiera? Puf... Lleva un pantalón demasiado corto, unos zapatos demasiado grandes. Los pies también los tiene demasiado grandes. El pelo demasiado negro. Y los dientes demasiado blancos.

Ella se queda un segundo con los brazos colgando, la nariz le gotea. Respira a pleno pulmón. Se sube el cuello del abrigo para protegerse del viento. Ve al crío que sigue mirándola. Le hace una mueca. Él se da la vuelta despacio y le suelta antes de ir a recuperar su pelota:

—¿Ves como eres fea? Él te ha dejado aquí tirada como a un pobre plátano podrido.

Y sale corriendo.